

Francia, y que por ello, la literatura colonial española (especialmente la obra lascasiana) jugó un papel central para el modelo de “emulación” de estas otras naciones europeas que luego se transformarían a su vez en nuevos imperios; d) finalmente, Lúcia Helena Costigan, plantea leer comparativamente la obra de las Casas junto con la de misioneros y evangelizadores portugueses como Fernando Oliveira y Antonio Vieira.

Quisiera insistir en la vigencia de la obra lascasiana en un presente todavía injusto y violento; presente que hace imprescindible este volumen para las nuevas generaciones de estudiantes y profesores. Se debe anotar, además, que la gran riqueza intelectual y la profundidad analítica de los articulistas que participan en este libro es raramente obtenida en una antología. En este caso, no sólo se combinan los conocimientos interdisciplinarios (historia, antropología, teología, estudios culturales, crítica literaria, etc.), sino que además se pone en juego la experiencia práctica de muchos años de enseñanza del material lascasiano dentro de las aulas. Debemos agradecer a Eyda Merediz y a Santa Arias el haber cumplido con la tarea ética-intelectual de darle sentido a esa dispersión de experiencias, de haberlas sistematizado para ponerlas al alcance de múltiples lectores. Mi único pedido para las editoras es que se animen a traducir y a publicar este libro en español. De este modo, para los que educamos y aprendemos en América Latina, nos será más fácil conectarnos con estas experiencias educativas y con estos modelos de en-

señanza. Asimismo, quisiera proponerle a los directores editoriales de la *Modern Language Association* que comiencen la fructífera tarea de publicar una línea de textos para enseñanza en español (o bilingües) para que éstos puedan ser utilizados a nivel continental por todos aquellos que quieren aprender la gran riqueza intelectual y cultural del mundo hispanoamericano.

*David Solodkow*

Universidad de los Andes

***El robo de Proserpina y sueño de Endimión. Auto sacramental en quechua. Edición, traducción y estudio preliminar de César Itier. Lima: PUCP/IRA, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2010. 220 pp.***

Aun cuando pueda resultar ya un lugar común acusar la falta de ediciones modernas de textos coloniales, el reclamo no deja de ostentar una pavorosa actualidad. Algunos de los poemas y textos más importantes del siglo XVII peruano, incluso la *Miscelánea Austral* de Diego Dávalos y Figueroa, siguen siendo objeto de asedios en sus primitivas ediciones. Ya no se lamenta tanto la inaccesibilidad de esas *editio princeps*, disponibles en gran parte en bibliotecas digitales, sino que se pretenden las ventajas que para el lector actual significa contar con un aparato de notas, el texto establecido, un estudio preliminar y eventualmente el cotejo de variantes, acompañado de una sólida y argumentada elección.

En el caso de la literatura colonial dramática en quechua, el cam-

po es harto más descorazonador. En general las obras representadas no se daban a la estampa, sino que circulaban en manuscritos, susceptibles —como ya se lamentara Alfonso Reyes— de agregados, cambios o erratas de los amanuenses. El derrotero sufrido por estos documentos no siempre cuenta con un final feliz. De las cinco piezas en la lengua del Inca que se conservaron, sin embargo, cuatro fueron ya editadas y sólo restaba una. Es por eso que la aparición de la quinta, *El robo de Proserpina y sueño de Endimión* del letrado cuzqueño Juan de Espinosa Medrano (el “Lunarejo”), es un acontecimiento ponderable. Su factura corresponde al quechuista francés César Itier, quien viene preparando esta edición desde hace más de una década.

El investigador despliega, en la apertura del libro, una meritoria generosidad y reconocimiento a quienes estimularon y colaboraron de maneras varias en el impulso del mismo. El estudio preliminar que sigue a las primeras palabras desarrolla en toda su extensión una rigurosidad propia de quien conoce lo que está haciendo.

En primer lugar, propone la autoría, datación y el contexto de la obra. Afirma, no sin consistente argumentación, la paternidad del Lunarejo sobre *El robo de Proserpina y sueño de Endimión* y fecha su origen a finales de la década de 1640, en sus años de estudiante.

El énfasis del estudio está puesto sobre las coordenadas en las que se inserta —y que dan lugar a— la escritura de la obra: se analiza el grupo de pertenencia de EM, el bando disidente, el auditorio que

habría sido receptor del auto, la celebración y los motivos que lo habrían conducido a su elaboración y las diferentes fuentes que tuvo a mano y en las que se basó para dar forma a la pieza.

El especialista francés inserta la obra dentro de un contexto que viene siendo estudiado desde hace algunos años por Pedro Guíbovich Pérez (cf. su artículo “Entre güelfos y gibelinos”): la contienda entre el Colegio San Antonio Abad, secular aunque con predominio de dominicos, y San Bernardo, Colegio de la Compañía de Jesús; batalla que, bajo máscaras de discusiones teológicas (*de auxiliis* en este caso, pero en otros es en torno al inmaculismo o a la ortodoxia tomista), escondía ambiciones políticas y de obtención de beneficios y grados académicos. Guíbovich Pérez junto con José Antonio Rodríguez Garrido llegan a proponer que la publicación de todas las obras de Espinosa Medrano tiene origen en esta disputa, como una manera de ensalzar el nombre de los antonianos, grupo al que pertenecía el célebre letrado. Asimismo, en opinión de Itier, el hecho de que tanto *El robo de Proserpina y sueño de Endimión* como el otro auto, *El hijo pródigo*, mencionen al Lunarejo como su autor (frente a la anonimidad general de ese tipo de obras) se explicaría por este alarde del Colegio San Antonio.

Una buena parte del estudio preliminar está dedicada a desentrañar las causas y la elección de fuentes para la elaboración de la obra, y se extraña un abordaje desde la perspectiva genérica. El auto sacramental formaba parte, esencialmente, de las procesiones del Corpus

Christi. Itier, gran conocedor de la cultura cuzqueña colonial, indica que esta fiesta habría reemplazado la incaica del culto al Sol, y que probablemente este auto en particular estuviera escrito para esa ocasión. En consonancia con su oratoria sagrada, el Lunarejo retoma fábulas paganas y las refunde en una exégesis cristiana que procura develar la verdad del mito. Así como los personajes del Antiguo Testamento son interpretados como prefiguraciones neotestamentarias, los mitos grecorromanos aportan su necesidad y justeza a la luz dilucidatoria del predicador. El fructífero relato de Proserpina raptada por el dios del inframundo y salvada por su madre Ceres, que tanta proyección ha tenido en las letras occidentales, sirve ahora, gracias a Berchorio y en conjunción con la otra figura mítica, Endimión (pasada por la pluma de la *Philosophia secreta* de Pérez de Moya), como alegoría de la salvación del alma humana por la gracia divina. De esta manera Espinosa Medrano tomaría partido por la defensa dominica del poderoso papel de la gracia de Dios frente al libre albedrío proclamado por la Compañía de Jesús, celebrando, asimismo, la conversión de los incas al cristianismo.

La lectura atenta de la obra dramática y los sermones de Espinosa Medrano enriquece ampliamente la interpretación de Itier sobre el auto sacramental y lo pone en relación con el resto del corpus. Esto, sumado a la incorporación, en el estudio, de investigaciones que han hecho aportes significativos al campo de la cultura peruana

colonial, conforma un sustrato erudito y sólido para leer el texto.

La edición de la obra propiamente dicha traba en un enriquecedor diálogo tres manuscritos de finales del siglo XIX hasta mediados del XX. No sólo consigna las variantes de una manera agradable al lector en una descripción explicativa y que asienta los criterios de selección y establecimiento del texto, sino que además ofrece la transcripción paleográfica de los manuscritos en columnas paralelas. También en formato especular convida, mano a mano con el texto establecido, una traducción al español, planteada como un modo de acceso al original, pero que también quienes no somos quechuhablantes apreciamos profundamente. Sin ser literal, la traducción mantiene la “organización de las unidades significativas”, aunque no desdeña la matriz culta que impregna la obra cuyo modelo es el teatro calderoniano. A Itier no se le escapan las transposiciones de imágenes del mismo Calderón al quechua.

La publicación, finalmente, de esta edición de *El robo de Proserpina y sueño de Endimión* a cargo de César Itier es un acontecimiento importante para el ámbito dedicado a las letras coloniales peruanas. La labor acometida de manera magistral da como resultado un volumen que desde las características materiales hasta el contenido completo y prolijamente tratado acalla parcialmente el reclamo de rigor sobre las ediciones de textos áureos.

*Julia Sabena*  
Universidad Nacional  
de Rosario / CONICET